

Negri, Antonio, *La fábrica de la estrategia. 33 lecciones sobre Lenin*, Barcelona: Verso, 2024, pp. 389 (Reseña)



2024 está siendo, aprovechando el centenario de su trágica muerte, el mejor pretexto para traer de vuelta a Lenin –al menos en lo que al mercado editorial se refiere. A la reedición de grandes clásicos y la publicación de nuevos libros sobre la obra y la vida del personaje, le acompañan una ingente cantidad de eventos y actividades que conmemoran su legado y ponen de nuevo sobre la mesa la más importante de todas las preguntas: ¿puede Lenin, todavía, ayudarnos a pensar e intervenir sobre los pliegues de nuestro presente? Ya en la década de los setenta, cuando el mundo estaba siendo acosado por los espectros de las revueltas globales y la reestructuración de la arquitectura política y económica del capitalismo fordista, el militante y profesor Antonio Negri se interrogó de la misma manera. El resultado de su inquietud, entonces, fue un seminario dividido en treinta y tres lecciones, impartido en el Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Padua, en el que examinaba la inteligencia política leninista para escrutarla en el reflejo inestable de su propia coyuntura. El libro del que se ocupa esta breve reseña, *La fábrica de la estrategia. 33 lecciones sobre Lenin* (Verso, 2024), es la recuperación de los contenidos del curso impartido por el “cattivo maestro”.

El manuscrito está dividido en tres grandes bloques, además de algún apéndice, en los que se abordan, por este orden, “la manera en que se forman los problemas de la teoría política de Lenin” (23), la relación entre la organización y la institucionalidad revolucionaria encarnada en el partido-soviet, y, por último, la temática de la abolición del Estado en Lenin. Todo ello, además, en un diálogo permanente con la tensión entre las clases y el desarrollo de las fuerzas productivas en el contexto italiano de los años del plomo. Para ello, antes de comenzar, Negri decide detenerse sobre la reflexión teórica y metodológica con el objetivo de situar los marcos interpretativos a través de los cuáles se va a reflexionar sobre las cuestiones más pertinentes del leninismo. Este es uno de los grandes interrogantes a los que se han tenido que enfrentar una gran cantidad de autores y de autoras que han tomado, al mismo tiempo, el marxismo como objeto de estudio y como herramienta para llevar a cabo el análisis de dicho objeto. Tal fue, por ejemplo, el motivo

¹ Doctorando en Sociología y Antropología Social en UCM.

que empujó a pensadores de la talla de Antonio Gramsci o Louis Althusser a destacar la superioridad del marxismo respecto de otras filosofías y disciplinas parciales: la suficiencia inmanente al método para dar cuenta de sí en el devenir de las transformaciones materiales. En este libro, Negri va a justificar su interés en la actualidad de Lenin apoyándose en el materialismo como una ley dinámica de la historia que está obligada a ser reelaborada debido a la inevitable discontinuidad de su referente real, de modo que el “pensamiento es [necesariamente] discontinuo porque la realidad es dialéctica y el movimiento revolucionario y progresivo” (25). El autor italiano parte, entonces, de las modulaciones del proceso histórico, otorgándole centralidad al conflicto de clases y asumiendo, en primera instancia, la pulsión revolucionaria inherente al proletariado y, como consecuencia, las réplicas del capital para someterlo, produciendo para ello innovaciones e integrando sistémicamente algunas de sus demandas. A este tipo de vínculo, de tensión entre la ruptura y el desarrollo, lo denomina “*composición técnica o política de la clase obrera*” (31). De esta manera, la pregunta que se hace Negri, “¿qué interés tiene para nosotros el leninismo en la actualidad?” (35), es igualmente relevante para el estudio y la práctica militante en el siglo XXI.

En el primero de los módulos, dividido en nueve lecciones, se realiza un ejercicio de aproximación al leninismo, entendido como un método materialista para la insurrección de las masas, haciendo un balance a través de algunos de los documentos más destacados y representativos de cada etapa. Según el propio Negri, ya en la última década del siglo XIX, la gran virtud del revolucionario ruso radicó en la agudeza hermenéutica de su lectura de *El capital*, de la que extrajo dos conceptos fundamentales – “formación social determinada” y “abstracción determinada” – sobre los que edificaría los pilares de su teoría y su praxis organizativa. La suma de ambos le permitió, por un lado, poner especial atención en la regularidad y la repetición de las relaciones de fuerza entre las clases, todavía con un fuerte acento naturalista, y, por el otro, localizar la fase más avanzada del desarrollo capitalista, tendencia a partir de la cual se deduce dónde deberá llevarse a cabo la construcción de la organización y la iniciativa de la acción revolucionaria. Lenin, en un ademán dialéctico basado en las experiencias de lucha de la clase obrera en Rusia, otorga a la espontaneidad un valor primordial previo y necesario a la posterior concreción organizativa, llegando a una conclusión que le acompañará el resto de su vida y que anticipa su anhelo de extender el conflicto a todos los rincones de la totalidad social: la lucha económica es una lucha política y la lucha política no es sólo lucha económica. Ahora bien, la insurrección espontánea es únicamente la chispa de la transformación, pero no es suficiente por sí misma, por lo que el avance del proceso revolucionario está subordinado a la formación del partido y su capacidad, al igual que la fábrica que Lenin



toma como prototipo, para disciplinar a los elementos subversivos: “el partido convierte la materia prima de la insubordinación obrera en acumulación revolucionaria, en capacidad general para atacar al adversario” (61).

En este punto, Negri nos advierte de las condiciones estratégicas de la organización que Lenin tendrá que adoptar, a partir de 1905, en la transición a la estrategia de la revolución. La independencia del proletariado, una de las claves del análisis leninista, le permitirá afrontar, por un lado, la problemática relación entre la lucha por la ampliación de las libertades democráticas y la interrupción misma del proceso para la consecución del socialismo. Por el otro, con el objetivo de solventar la cuestión de las alianzas, es imprescindible la expansión hegemónica de la vanguardia obrera y revelar su capacidad para la dirección del proceso revolucionario. Una vez alcanzado el grado más elevado de la conciencia y la organización —aquí es donde reside el ingenio dialéctico del método leninista según el filósofo italiano— el proletariado deberá romper con la inercia del proceso y disputar el establecimiento de un régimen socialista, demostrando así su habilidad creativa en el arte de la insurrección. Una de las expresiones teóricas de estos planteamientos se encuentra en el segundo de los bloques del libro, seis lecciones dedicadas a la experiencia de los soviets en Rusia, en el debate entre Trotsky, Luxemburg y Lenin sobre la función de los consejos obreros. Mientras que los primeros tienen en común la valoración positiva de la espontaneidad en el origen y la evolución de los mismos, Lenin es consecuente con su juicio dialéctico del binomio autonomía-organización y la defensa del partido de vanguardia como núcleo organizativo y columna de vertebral de las luchas, evitando así la posibilidad de integración de las demandas corporativas por el reformismo del capital. A partir de febrero 1917, fiel a su “sectarismo de la praxis subversiva” que le empujaba a corregir y matizar de manera permanente sus posicionamientos, los soviets, en tanto que órganos masivos de democracia radical con un fuerte carácter de clase, se transforman para Lenin en el embrión de una gubernamentalidad socialista y en el principio de la extinción del Estado. Dicho esto, cualquiera de esos giros políticos, en palabras de Negri en el “*Intermezzo sobre la dialéctica*”, serían inexplicables sin el estudio de la *Ciencia de la lógica* de Hegel, momento en el cual encuentra una base científica a sus intuiciones políticas y amplía la distancia con las interpretaciones deterministas y reformistas, llegando a la “convicción del papel ontológicamente dominante de la praxis colectiva, de la praxis obrera y revolucionaria (...) [por lo que] la dialéctica se convierte en un arma del proletariado” (223).

Para finalizar, el pensador italiano dedica los últimos bloques de lecciones a realizar una revisión de algunos de los postulados más destacados de *El estado y la*

revolución, en el marco del operaismo y su relectura de los *Grundrisse*, y, a modo de apéndice, cuatro clases sobre *El izquierdismo: enfermedad infantil del comunismo*. Negri destaca, una vez más, la inteligencia política del dirigente soviético cuando, allende las interpretaciones reformistas y anarquistas sobre el papel y la extinción del Estado, “aprende a leer la teoría del Estado a través de las categorías de la mercancía, a través de las categorías de *El Capital*” (262), por lo que el ejercicio del control y el dominio es interpretado bajo la forma de la violencia organizada, por un lado, y de la disposición organizativa necesaria, por el otro, para el proceso de valorización y la extensión de la mistificación del interés general de la burguesía. En este punto, a propósito de la encrucijada revolucionaria de la “transición” al comunismo, el “cattivo maestro” y su énfasis determinante en los procesos de subjetivación nos recuerdan una lección indispensable: el momento de la ruptura, además del asalto contra la forma jurídica y la estructura productiva, debe transformar el “*tipo de cerebro* que los hombres se han forjado en contacto con la ciencia capitalista y con las necesidades de reproducción del modo de producción capitalista” (305). Para ello, se requiere de una “revolución cultural permanente” que logre modificar radicalmente la condición antropológica de un individuo desarrollado bajo las inercias de la acumulación de capital.

Como se anticipó en el comienzo, todo el libro está atravesado por una intensidad militante que busca reactivar la vitalidad del “método leninista” en los vaivenes coyunturales de los años sesenta y setenta, lo que le permite al lector contemporáneo juzgar los límites y, al mismo tiempo, la clarividencia profética de Negri en algunos de los fragmentos. Desde luego, la compilación de este conjunto de lecciones es de terrible actualidad no sólo por las múltiples respuestas que ofrece, sino por la creatividad y el rigor hermenéutico para actualizar las preguntas que atraviesan las condiciones políticas, económicas y filosóficas del presente.

